

DEL TIEMPO Y LOS TIEMPOS

Lena Cano

Un soneto me manda hacer Violante / y en mi vida me he visto en tal aprieto...

Hace tiempo que estos versos de Lope me rondan cuando intento pensar en algo que escribir acerca de Cabra. Soy consciente de que, habiendo tantas personas conocedoras de su historia, su geografía, su fauna y flora y tantos otros aspectos, yo sólo puedo aportar el punto de vista de alguien que ha visitado el pueblo unos días al año, aunque haya sido a lo largo de varias décadas. Aun así mi perspectiva es absolutamente personal. Las experiencias son tan diversas como las personas que las viven.

Sólo espero que esta apreciación íntima y personal pueda resultar de interés para quien la leyere.

Viajar se compone de dos partes: el desplazamiento físico y un estado mental peculiar. Éste se refuerza a mayor tiempo transcurrido en el trayecto. Ochocientos kilómetros en coche o en tren te van preparando para algo distinto. Se tarda una larga jornada laboral en llegar a otro mundo que, como todos, está en éste. Es un camino tan largo que, a medida que te acercas a tu destino, casi parece que estás alcanzando Shangri-La.

Y así es, de algún modo.

He tenido la inmensa fortuna de cumplir uno de mis más fervientes deseos: viajar, conocer otros paisajes, otras gentes. Mis pies han dejado huellas sobre montañas escarpadas, llanuras lunares, bosques exuberantes, prados fértiles. Soy adicta a la sensación de libertad que me proporciona; necesito desprenderme en ocasiones de mi entorno para recuperar la visión de una infancia, como estado mental, en la que cada día se descubrían un sinfín de cosas nuevas. El tiempo avanza despacio cuando eres un niño, pero a medida que crecemos se acelera de tal modo que parece escurrirse entre los dedos. ¿Acaso es porque cada vez nos sorprenden menos cosas?, ¿porque los descubrimientos son cada vez más escasos?, ¿porque creemos que ya no podemos aprender nada y nuestras mentes se cierran por falta

de estímulos? Cuando viajo por lugares ajenos mi tiempo se expande: un día parece durar una semana; una semana, un mes.

Sin embargo, hay un lugar al que regreso cada año. Un lugar conocido, uno de mis hogares en el mundo, donde mantengo ese *tempo*, donde siento que se ralentiza la velocidad abrasadora del tiempo real, del tiempo real *adulto*.

Antes de llegar, mis ojos ya se han llenado de la belleza de su entorno y siento mi pecho lleno de aire y mis labios sonríen sin mediar intención por mi parte. Reacciones físicas causadas por la grandeza de las vistas y la expectativa de recorrer de nuevo esas calles blancas, tranquilas; de reencontrarme con personas que ocupan un lugar predominante en mis pensamientos y afectos.

Volvamos, pues, aunque brevemente, a la infancia; los tiempos en que José, mi padre, nos llevaba a conocer ese extraordinario paisaje recorriendo sus cerros, las ramblas, los olivares y la tierra ondulada, a veces roja, a veces blanca o amarilla. Aquellos días en los que ya me parecía *bonito* antes de aprender más y ser capaz, al tener más elementos de comparación, de valorar en su justa medida la extraordinaria belleza de esta tierra.

Hay niños que no tienen pueblo. Recuerdo cómo lloraba el pequeño Ricard cuando llegaban las vacaciones y casi todos sus compañeros de clase se preparaban para pasar el verano en los diferentes puntos de origen de sus padres. En un tiempo en que no se solía viajar por placer no eran muchas las economías familiares que podían permitírselo, el desplazamiento en tren o en aquellos viejos utilitarios, de los que se aprovechaba hasta el último centímetro, era el inicio de algo diferente, excitante.

Tiempo cíclico y tiempo lineal. Cada año se repetían los gestos: los días volvían a ser largos, llegaba el calor, los paisajes del trayecto eran los mismos del año anterior. Los encuentros con aquellos a los que hacía un año que no veías eran siempre iguales: alegría, abrazos y afecto por parte de los adultos, y también de los niños, aunque con un punto inicial de timidez. Si algo había cambiado éramos justamente los pequeños de casa, un poco más altos, un poco mayores. Esa diferencia respecto al año anterior producía un cierto extrañamiento, que no tardaba en desaparecer.

Y se iniciaban los largos días de juegos, piscina y calle; las travesuras que hacían reír a carcajadas a Mama Pepa, aunque nos costaran alguna regañina. Ya se sabe que los padres educan y los abuelos consienten. Y mientras tanto crecíamos juntos año a año, de forma sincopada, como las grabaciones de esas cámaras que toman un minuto de cada cinco, pero ese minuto era compartido y, sin ser conscientes de ello, construíamos un edificio de recuerdos y vivencias en común que formaría parte de nuestra esencia del mañana.

La casa de la calle Río se llenaba de voces claras y risas. De comidas multitudinarias, de conversaciones en las escaleras. También la casa de la calle Gila recibía a mi abuelo Juan y a mis tíos y primos, a quienes, afortunadamente y a diferencia, por desgracia, de la familia de mi madre, podía ver a lo largo de todo el año.

Pasó el tiempo y crecimos más, dejamos atrás la niñez y se inició una larga juventud que recuerdo hermosa y llena de esplendor. Los siguientes veranos se convirtieron en un país ideal en mi memoria. Excursiones en grupo; larguísimas partidas de billar en cualquier bar por la tarde; los rituales de belleza, previos a las salidas nocturnas, que compartía con mis primas; el camino hasta el Nacimiento llevando ollas llenas de ponche los sábados por la noche; las bromas, los disfraces, los juegos y las charlas divertidas o profundas que, con bastante frecuencia, podían llegar a ser ambas cosas.

Generalmente, el estado de las cosas evoluciona y cambia de forma paulatina. Un día miras atrás y sólo entonces eres consciente de cómo el tiempo transcurrido te ha modificado a ti y a tu circunstancia. Sin embargo, hay un momento concreto que simbolizó para mí el final de aquella época dorada.

Aquel año no tuve vacaciones hasta finales de septiembre. Cuando llegué a Cabra ya se habían marchado todos aquellos que debían volver a su trabajo o estudios. Recuerdo que estaba anocheciendo y empezaba a hacer frío. Me senté en el escalón de la casa con mi padre y le expuse lo que sentía en aquel momento: cómo las calles vacías, el otoño y el atardecer parecían simbolizar el fin de una época. Las campanas de la iglesia empezaron a tañer entonces, anunciando una misa de difuntos. En ocasiones la realidad se armoniza de un modo extraño para plasmar lo que tienes en tu interior, como si adquiriera la cualidad simbólica de un espejo. Me sentí apaciblemente nostálgica, feliz por lo que había vivido y por lo que habría de venir en el futuro. Las cosas podrían cambiar, pero los lazos permanecerían por mucho que pasara el tiempo.

Después supe que las campanas doblaban por Leandro, a quien conocía desde la niñez, con quien había compartido juegos y salidas. Se fue demasiado pronto, y se llevó con él el perfume de los días y las noches de aquella juventud felizmente despreocupada.

A lo largo de los años que siguieron nunca volví a coincidir con todos a la vez, aunque los vínculos permanecieron. Las estancias en Cabra se convirtieron en algo más sosegado, se perdió la brillante excitación de los años anteriores transformándose en una grata calidez. Digamos que no se puede tener todo y que cada momento tiene su propia luz.

La familia se hizo más grande. Las parejas de mis primos se convirtieron en miembros indiscutibles, y costaba creer que no hubieran estado allí desde siempre. Nació una nueva generación, entre ellos mi Ferran, gozoso nuevo amo y señor del patio de la casa de la calle Gila.

Y el tiempo, entre visita y visita a Cabra, transcurrió cada vez con mayor rapidez. De repente, me encontraba de nuevo en el pueblo y me parecía mentira que ya hubiera transcurrido un año desde la ocasión anterior. Pero, una vez de regreso, el tiempo volvía a hacerme un guiño y se tomaba su tarea con parsimonia. Por eso mi última visita, que sólo duró tres días, contuvo vivencias que no caben en una caja tan estrecha. Estuve con mis padres, de vuelta definitivamente al lugar donde vivieron su propia infancia y juventud, a los que echo tanto de menos como me hace feliz que disfruten plenamente de su vida

en la forma que desean. Vi, con la inmensa alegría de siempre, a mis tíos que residen en Cabra, y coincidí con algunos de mis primos, a quienes, aunque transcurran meses y, a veces años, sin vernos, siempre puedo encontrar en mi corazón. Carmen, Geles, María José y yo nos tomamos una foto una noche intensamente fría, entre risas y saltos para entrar en calor, y ese momento recuperó la cualidad que siempre había tenido, y que intuyo que permanecerá incluso cuando tengamos que ayudarnos con bastones a caminar.

Aunque ya nada volverá a ser igual. Se nos han ido definitivamente personas insustituibles, gente que dejó su marca en cuantos los conocimos. Algunos completaron el ciclo de su vida y la naturaleza se limitó a cumplir sus propias leyes. Queda la sensación de pérdida, de vacío imposible de llenar, pero es un sentimiento sosegado, que acepta que las cosas son de una determinada manera y no de otra, por mucho que no nos guste. Pero también se fueron otros que podían haber tenido mucho más tiempo para acompañarnos y hacernos grato el largo viaje que es la vida. Me permito tomar dos versos de Miguel Hernández que, tantos años atrás, expresó con lúcida pasión lo que ahora yo sería incapaz de expresar: *No perdono a la muerte enamorada / no perdono a la vida desatenta.*

Por la luz de su paisaje, por los que están siempre, por los que están a veces, y por los que estuvieron.

Siempre regreso a Cabra. Como las golondrinas.

